

—Veamos, dijo su tia; Octavio puede entrar y sorprendernos. Nos conducirá á la prevencion como aventureras.

—No temais nada, mi querida tia: cuando se viene aquí por la escalera secreta, se es siempre bien recibido. Pero no quiero que mi primo me vea ántes de amarme.

—Que niña eres! tanto te amaré de un modo como de otro.

Genoveva siguió á su tia respirando la flor de los trópicos.

## V.

## LA VISION DE UN ESCÉPTICO.

Nevaba. Paris, encapuchado como un beneditino en su hábito blanco se disponia á correr sus aventuras.

Era la noche del mártres de carnaval: los últimos romanos, los parisienses de la decadencia, querian una vez mas y antes que llegasen los días sombríos de la cuaresma coronarse de rosas y lanzar sus gorros de dormir por encima del último molino de Montmartre.

Todo se vá! hasta los molinos, los carnavales y Paris mismo!

Un verdadero parisien de la verdadera decadencia, Octavio de Parisis, queria disfrutar de la última noche de carnaval. Se habia disfrazado de doctor Fausto en busca del amor, como un gentilhomme vestido de púrpura y oro, con la capilla de seda en el hombro, la pluma de gallo en el sombrero y ciñendo una larga espada en el costado.

Iba como el verdadero Fausto á hacer la esperiencia de la vida? Debia decirse tambien como Fausto:



«Cualquiera que sea el traje que yo vista sentiré menos los dolores y angustias del corazón?»

Octavio cogió un candelabro de dos brazos para mirarse en un espejo; quería ver si se parecía á Fausto.

—Nó, dijo, prefiero el gorro y la hopalanda del doctor.

Y se vistió el otro traje.

En aquel instante fué cuando Leon Ramée, á quien sus amigos llamaban La Ramée, un pintor que creía en la existencia del Olimpo, gracias á su pasión por todo lo antiguo, entonces fué cuando este amigo le sorprendió en su ensayo, ó, mejor dicho, en el instante en que se estudiaba á sí propio ante el espejo.

—Bravo! dijo Leon Ramée entrando, hé aquí el doctor de la ciencia. Espero que esta noche dirás grandes verdades á todos esos paganos que no creen en Júpiter, el dios de los dioses, el dios de Homero, de Fidias y de Apeles.

—Yo! dijo Octavio estrechando la mano de su amigo; no tengo una pretension semejante.

—Entonces por qué te vistes de Fausto?

—Para deshojar algunas margaritas, si la ocasion se ofrece.

—Palabras! palabras! palabras! creí que leías á Laroche foucauld y no á Rivarol.

—Desde que sé de memoria á Laroche foucauld no leo.

—Tal vez obras bien. Laroche foucauld se apodera

de nuestro espíritu luego de haber cogido el corazón. Créeme: téplate en Homero, en Teócrito y en todos los ingenios de la antigüedad.

—Quieres fumar?

—No fumo.

—Por qué?

—Porque esto de fumar es muy de moda. No quiero pertenecer á mi época.

—Antigualla!

—Venía á suplicarte que mañana vinieses á ver mi Juno. Te rejuvenecerá en dos mil años. Querido mio: la antigüedad es el eterno país de los veinte años, es el paraiso encontrado, es...

—Chist! vas á predicar en el momento en que voy á encarnalizarme. La hora es mal escogida; hablemos de las Junos que hemos *pintado* y *esculpido* en Wiesbaden.

—Entonces no hablemos de ello. Me voy al teatro donde se representa *El Enfermo imaginario*; hé aquí mi carnaval; á las doce estaré acostado, pues mañana me levantaré temprano. Adios. Quieres ver un hermoso dia? pues levántate de mañana. Esto lo ha dicho un autor antiguo.

—Adios: ya conoces mi opinion sobre los siete sabios de Grecia.

—Sí, porque tú no les conoces. Si los hubieses leído no dirias esta noche tantas bestialidades á la última moda.

Y Leon Ramée levantó la cortina para salir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO HERRERA"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

30310



—Una palabra mas: si te queda un momento lee Goethe para que no cometas anacronismos.

—Tienes razon, habia pensado en ello. Para representar á Fausto seria necesario conocer su ciencia. Pero es la ciencia del diablo, y yo no le he dado mi alma.

—No has dado tu alma al diablo! pero la has dado con tanta frecuencia que el diablo no la quisiera. Adios.

—Hasta mañana, mi querido La Ramée.

Octavio se dirigió á su biblioteca y cogió el libro de Goethe. Le hojeó al principio y luego empezó á meditarlo, no con la vana curiosidad de un desocupado que va á gozar del carnaval, sino con la curiosidad de un hombre que busca la palabra de la vida.

Llamó á su groom que era un negro de color suabido.

—Igualdad, enciende la chimenea y avisa al cochero que no saldré hasta las once.

A las doce Octavio habia penetrado en las profundidades del genio de Goethe.

No emplearé mucho tiempo en hablar de este autor célebre; seria indispensable que yo tuviese el necesario para dar la vuelta al mundo. Es un gran genio muy estudiado, pero guarda la sonrisa de bronce de la esfinge: nadie le arrancará su última palabra. De sus poderosas manos ha brotado todo un mundo: el paraiso del amor, el Olimpo de lo bello y el infierno de las pasiones. Mas, digan lo que quieran sus

iniciados, la luz de Goethe no es el sol: ha querido demasiado las horas de la noche.

Que milagroso es el genio! Dios no creó sino una mujer; Goethe creó dos. Acaso Eva está mas viva en nuestro espíritu que Margarita y Mignon, estos dos radiantes símbolos que viajan constantemente en el cielo del ideal, pero que continuan siendo mujeres? pues el panteista Goethe las ha vaciado en la pasta humana.

Este es el carácter de su genio. Recorriendo los mundos en sus poesías legendarias, nunca pierde el pié; los personajes y su comedia rozan las nubes sin que por un momento dejen de ser hombres. Hé aquí porque es grande y humano en el sentido del arte. Hé aquí porque su reputacion ensancha sus fronteras, porque es el hombre de la Alemania, porque la Francia le traduce en verso y en prosa, en pintura y en música.

El reloj dió media noche; pero no eran mas que las once.

—Es extraño, dijo Parisis, hé ahí la tercera vez que oigo dar las doce.

Miró el cuadrante. Le pareció que la aguja mas pequeña daba la vuelta con la rapidez de la grande.

—Qué es esto? murmuró.

Soñaba? Se habia convertido en juguete de estas somnolencias que lanzan el alma en las penumbres radiantes de la doble vista?

Recordó que cierta noche Lamartine habia inquie-



tado su ateísmo hablándole del alma de las cosas, de esa vida impalpable que se agita en el reloj, en la lámpara, en el aire, en el fuego, en la pared; que habla la voz de las campanas, del viento, de la lluvia, de los ecos, de las llamas, del silencio!

—Qué locura! dijo, echando de sí la hopalanda que caía sobre él como un sudario; el alma solo existe en el cuerpo y aun quizá no existe.

Luego volvió á abrir su libro.

Tomó una afición estraña á su lectura: por la primera vez de su vida su espíritu se vió iluminado con todas las luces fantásticas de la obra maestra alemana.

—Que esto dure un poco mas, dijo entre dientes paseándose y mirándose en un espejo colgado sobre una consola, y me creeré el mismo Fausto! Pero donde está Margarita?

Y pensó en todas las mujeres que se habian cruzado en la carrera de su vida. Un cortejo de imágenes ya llorosas, ya alegres, hubo de atravesar en su memoria.

De pronto oyó un rumor sordo.

Una mujer que no esperaba se dirigió hácia él, pálida, triste y pensativa.

Vestia un traje negro cuya cola cubria parte de la alfombra. Llevaba un gran velo pero sus ojos parecían quemarlo, con su vivacidad y su luz.

Octavio se levantó entre respetuoso y sorprendido.

—Señora, dijo inclinándose.

La dama dejó caer la mano, una hermosa y blanca mano en que se veía una piedra antigua representando una sibila, sobre la página abierta del Fausto.

—ESTA ALLÍ! dijo la dama.

Octavio contempló el rostro de aquella aparición nocturna. Le pareció que habia hablado sin mover los labios.

—ESTA ALLÍ? preguntó.

La mujer hizo un signo afirmativo.

El jóven se hallaba tan conmovido y turbado, que no podia recobrar su voz.

Pensaba en la leyenda de los Parisis.

—Quién se oculta bajo de esta mujer? se preguntó á sí mismo.

Era una de sus queridas? El jóven no la reconocia. Quién habia podido llegar así, en silencio, hasta su cámara? Quiso soltar la carcajada, pero sintió que su rostro era de mármol.

Entretanto la enlutada se habia inclinado y se alejaba lentamente andando hácia atrás y sin pisar la cola de su traje.

Miraba siempre á Parisis.

—Señora!..... dijo éste.

La enlutada pareció que no oía.

El jóven se quiso dirigir hácia ella, pero sintió que sus piernas eran las de una estatua.

Logró, sin embargo, dar un paso, el paso de los



dioses del Olimpo; mas en el instante en que creia coger aquella mano sibilítica para atraerla hácia la chimenea, las bujías se apagaron.

—Señora! señora! dijo por última vez.

No oyó mas que el silencio, el silencio nocturno, cierto zumbido en los oídos, mil veces mas terrible que el del trueno.

Como habia entrado la enlutada.

Todo el mundo dormia en su casa, desde el groom que esperaba á Octavio en la ante-cámara, hasta el cochero que le aguardaba en el pátio. Unicamente sus caballos permanecian despiertos y con su piafar interrumpian los monótonos rumores de la noche.

Octavio habitaba, al estilo inglés, una casa sin conserje. Los conserjes se van.... Octavio habia comprendido que los que poseen una casa y un conserje, no tienen mas que una casa para los pequeños placeres del conserje. Era muy amante de ocultar su existencia para dar así á un extraño y á un subalterno, el mejor papel en la comedia de sus acciones.

El jóven no podia interrogar mas que á su cochero, sobre aquella visita nocturna.

Luego se preguntó si la enlutada habia llegado hasta allí por la escalera secreta. Sin duda habia entrado por la puerta de la biblioteca, pues la biblioteca consistente en una estensa galeria, se abria sobre la escalera secreta y sobre la antecámara de la escalera principal.

Octavio quiso llamar; pero no encontró la campa-

nilla; quiso encender las bujías, pero no encontró cerillas y la chimenea estaba apagada.

Se dirigió á la antecámara y llamó á su groom, que despertó sobresaltado.

—No has visto á nadie? le preguntó colérico.

—Ah! si el señor duque lo supiere! soñaba que estaba viendo al diablo.

—Eres un bestia! despierta.

—He visto al diablo como ahora veo al señor duque. Ha entrado y me ha tocado en la frente con un carbon encendido.

—Y despues?

—Despues ha entrado en las habitaciones del señor duque. Quise anunciarle pero me dejé clavado en este banco.

—Le viste salir?

—No: sin duda tomó otro camino.

Octavio encendió una bujía en la lámpara de la antecámara y registró toda la casa, bien como si debiese encontrar la enlutada.

Estaba muy despierto y no habia soñado como su groom. Oia aun resonar las dos frases de aquella voz orgullosa:—ESTA ALLÍ!—Oia aun el ruido sordo de la cola de su traje rozando sobre la alfombra.

No encontró un alma viviente. Cuando volvió á su biblioteca, se detuvo con emocion frente al retrato de su madre que parecia mirarle con ojos llenos de luz. Cuando un alma ha partido hácia el país de los muertos, no vuelve, como por milagro, á animar los ojos



de su retrato, cuando este es un retrato bello y cuando es un hijo quien lo mira?

Esta era la opinion de Parisis.

—Madre mia! dijo con efusion, bien como si debiera sentir que el corazon de su hijo subia hasta ella.

Y la contempló mas de cerca.

Era una jóven pintada por Ary Scheffer en las palideces de aquel pincel inquieto que buscaba siempre el alma. Era mas bien un alma que una figura. Sentia la muerte próxima, y el pintor, habia, como por milagro, espresado el adios de una madre.

—Son sus ojos, dijo tristemente el jóven, pero no tienen vida. Ahora mismo, en mi gabinete, he sufrido una alucinacion: pero aquello era una mujer, una mujer viva, como yo soy ahora un hombre vivo.

Bajó al pátio y despertó á su cochero que hacia ya una hora que estaba durmiendo en el pescante del coche, que debia guiarle al baile de máscaras.

—No habeis visto pasar una mujer?

—No, señor duque: como podia pasar si la puerta no estaba abierta?

Y el cochero se dijo.

—Habrá visto á la cocinera cuando me trajo la bebida?

Octavio examinó la nieve y en ella, ni siquiera vió la huella de un pájaro.

Volvió á subir á su cámara y se quedó sorprendido al ver en ella tres bujías encendidas.

Se volvió hácia su groom que le habia seguido.

—Has encendido tu estas bujías?

—Yo, señor! pero si desde que he despertado no he dejado al señor como si fuera su sombra.

Octavio iba á apagar una de las tres bujías cuando recordó que, segun las leyes de la cábala, era necesario empezar á extinguir la que hacia el número tres.

—Apaga la tercera bujía, dijo al groom.

—Pero cual, señor?

Octavio no pudo menos que sonreir.

—Qué empiece por cualquiera que importa! acaso no tengo en mi interior encendida la cuarta?

Pero el groom habia apagado una bujía, y Octavio observó que se encontraba aun frente á frente de tres luces brillantes.

Los espíritus fuertes—y aun existen algunos—aquellos que se hacen enterrar como perros, con objeto de ser libres en la muerte, bien como si la cruz fuese un signo de esclavitud; los espíritus fuertes, lo mismo que los débiles, me dirán: «Nosotros no somos» de los que creen en hechicerías propias de otra época. No creemos en milagros: la razon es matemática y sabemos que dos locos y dos supersticiosos hacen cuatro locos. Así, pues, no es á nosotros á quienes se deben contar tales historias.»

Y con esta sonrisa byroniana, que es el patrimonio del escéptico, se añade sarcásticamente: «Que locura el contarnos semejantes fábulas! un jóven que va al



»baile disfrazado de Fausto y que consulta á Goethe!  
 »un reloj que da la media noche como en los melo-  
 »dramas! Una mujer enlutada que se presenta en es-  
 »cena solo para decir estas frases: ESTA ALLÍ.»

Nada tengo que contestar á estos sarcasmos: soy un simple historiador. No he franqueado el muro chino de las ciencias ocultas: yo cuento lo que he visto, ó lo que me consta que ha sucedido. Nunca he trabajado en la gran obra como Fausto; nunca he visto al diablo y nunca tuve relaciones con espíritus.

Me contentaré en decir que creo firmemente, como el regente Felipe de Orleans, que era un libre pensador y un volteriano, creo firmemente que los espíritus, es decir, los bestias como vos y yo, son sin saberlo, guiados por espíritus invisibles.

Entretanto Octavio encendió la cuarta bujía y cogió el libro que continuaba abierto en la misma página.

—ESTA ALLÍ!

Qué habia en la página indicada?

El jóven leyó en alta voz.

FAUSTO: Cuando la noche llega me tiendo sobre mi cama lleno de la mas triste inquietud. Las visiones del sueño me asustan. El dios que habita en mi seno puede levantar las tempestades de mi alma; él que truena sobre todas mis fuerzas es impotente á conmover lo exterior; y es así como yo busco el amor en los horrores de la vida.

MEFISTÓFELES: Sin embargo, la muerte no es jamás un huésped bien recibido.

FAUSTO: Oh! feliz aquel que ciñe las sienes con sangrientos laureles en el esplendor de la victoria: aquel que al salir de un baile desenfrenado, ella sorprende en brazos de una jóven!

—Fausto tiene razon, dijo Octavio, bastante me he agitado sobre el lecho de rosas de la vida; pido á la muerte que me lleve al salir de este baile, si en él encuentro el amor.

El señor de Parisis dijo á su groom que le diera su gaban de pieles.

Estaba decidido á ir al baile.

—Llegaré tarde, dijo; pero mi entrada será brillante. Fausto no debe jamás aparecer sino despues de la media noche.

Igualdad, pálido bajo su máscara de ébano, entró con una linterna en la mano y trayendo un dize chino.

—Donde vas?

—Se han visto mujeres en el jardin.

—Mujeres?

Octavio bajó al jardin. Las mujeres ya no estaban; pero encontró sobre la nieve las huellas de un pié algo grande y de otro pié pequeño, mas pequeño que su mano.

Siguió estas huellas hasta la puertecita de salida que encontró cerrada.

—Cierto que todo ello es bien romántico, dijo el mancebo riéndose de su emocion. Pero porqué dos mujeres, siendo asi que no he visto mas que una?



Volvió á subir y echó sobre sus hombros su gaban de pieles.

Al salir se miró en un espejo de Venecia. Le pareció que reflejaba dos imágenes.

—Mucho tienes que hacer Satanás, dijo: no eres mas que un pobre diablo. No se cree en Dios: porqué se ha de creer en Satanás?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HERRERA"

Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

## VI.

### LA MARGARITA DE LAS MARGARITAS.

No bien el Sr. de Parisis hubo cruzado el primer salon de la embajada, cuando vió enfrente de él, pero huyendo con discrecion á una Margarita que era, no la de Ary Scheffer, sino la del mismo Goethe.

Octavio alcanzó muy pronto á esa Margarita entre un nudo de máscaras ocasionado por una reunion de mugeres que picaban á todo el mundo.

—Dime, interrumpió el joven dirigiéndose á Margarita: sabias, pues, que yo me disfrazaria de Fausto?

—Quien sabe, dijo ella.

Y Octavio que no queria jamás dudar de nada, añadió:

—Tu no vienes aquí para ir á la iglesia. Quieres confesarte conmigo?

—No traigo pecados.

—Los cometerás mas tarde.

—Eres el diablo, Fausto.

—No fué el diablo quién llevó á Jesús sobre la montaña. La virtud no triunfa sino cuando está en peligro?